LA JUVENTUD PASA

Fernando Dicenta

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

A veces las vocaciones son como atrax que surgen de la noche a la madrugada. A veces, como manchas en la piel que ya ha tenido un antepasado.

Fernando Dicenta, brote nuevo de un árbol genealógico viejo, lleno de nombre y de renombre, de cartelitos con títulos de comedias famosas colgados por las ramas, nace en Madrid en 1929. Crede entre retratos de su abuelo, a la sombra de la popularidad de «Juan José». Asiste a los estrenos de las comedias de su padre. Lee las críticas de «Madre Paz». A los once años gana en el colegio el primer premio de un concurso de redacción convocado para el Día de la Madre. Funda en el Instituto Cisneros, donde estudia el Bachillerato, un periódico que titula «Aulas». El sarampión literario se complica, y Fernando abandona el colegio para dedicarse al teatro. Su primer papel es en la célebre obra de su abuelo, en «Juan José». Fernando hace su debut en el Cómico, al lado de su tío Manuel Dicenta. De allí, a provincias. Luego, vacilaciones, inconvenientes, d u d a s. Se pasa al folklore y firma un contrato de segundo galán con «La gitana blanca». Artísticamente todo va bien, pero Fernando se separa del teatro. Odisea. Madruga y visita las emisoras madrileñas, las casas de doblaje. Hace las antesalas de rigor. En todas partes le dicen que no sirve. Este sistema, tan español y tan universal para librarse del novel, no hace desmayar a Fernando, que insiste, que sigue haciendo nuevas visitas a personajes principales y escépticos.

Todo hasta que, por fin, le someten a prueba en Radio España y le designan para hacer protagonistas.

Desde entonces hay en la vida de Fernando seguridad y trabajo. Prepara guiones, los interpreta, dobla películas, da recitales y hasta escribe novelas cortas.

En nuestra conversación se habla del abuelo Dicenta. Nosotros creemos que fué Benavente quien nos contó que a don Joaquín le habían prestado el traje para asistir al estreno de "Juan José", cuya obra había escrito con un cabo de vela sobre el papel de empaquetar.

Encuadramos la conversación dentro de la radio.

23. VIII. 54

—¿Qué crees que es la radio en la vida artística del actor?

—Una faceta más que requiere unas condiciones como el teatro o el cine. Claro que el hecho de ser buen actor de radio no quiere decir que se sea también buen actor en el escenario o en la pantalla.

—El porvenir artístico de la radio...

—Enorme. Creo que es la única salida que el día de mañana quedará a los actores, porque en cuanto venga la televisión se conjunta el teatro, el cine y la radio.

Fernando Dicenta tiene esperanzas en el porvenir económico.

—Hoy todavía no se da la importancia que merecemos a los que trabajamos en la radio... Nos llegan noticias de que un actor o un locutor, en América, con dos actuaciones semanales gana dinero para vivir espléndidamente, hasta con automóvil. Aquí trabajas todos los días una cantidad de horas que oscila entre las ocho y las diez, y simplemente defiendes la vida: vives como puede vivir un empleado.

Pero, a pesar de todo, la vida, bien o mal defendida, tiene veinticinco años.

—Creo que es digna de vivirse. Todas las contrariedades, todas las amarguras, todos los fracasos, son condiciones indispensables, esenciales, para sacarle a la vida el gusto de vivirla.

—¿Crees que el joven de hoy debe casarse o que debe esperar?

—Depende del grado de amor que tenga hacia la mujer que elija y con los medios que cuente para sostener ese amor. La gente va al matrimonio, generalmente, de un modo inconsciente: a ver qué sale, a ver qué es.

Nuestra generación, más respetuosa que todas las anteriores, más reflexiva, más práctica y, preocupada, tiene sus diversiones y sus entretenimientos.

—Yo estoy separado de la juventud, aun siendo joven. Aparte de todo eso de leer, escribir, etc., me dedico a observar mientras paseo: es mi preocupación favorita.

Las aspiraciones de cada cual salen rodadas sobre el tapete de la conversación.

—Me gustaría ser el número uno en cualquier camino artístico; luego me quedaré donde pueda o donde me dejen quedarme.

—En qué época te hubiese gustado vivir: ¿a fines del siglo pasado o a principios de éste?

—A principios, por una nostalgia literaria de ver reunidos en una mesa de café a los Quintero, a Valle-Inclán y a Unamuno. Pero más preferiría vivir a últimos de este siglo, por curiosidad.

Opiniones sobre la juventud femenina de hoy.

—Carecen de juventud. Espiritualmente, están en los cuarenta años, y, por tanto, existe un desnivel notable entre su fisiología y su mentalidad.

—¿A qué crees que es debido?

—A mí me parece que a un deseo insatisfecho de vivir argumentos cinematográficos, que les llevan a desenvolverse en lugares y circunstancias que no son propias de su edad ni de su condición.

Es domingo, y Madrid, a la una de la tarde, no se ha levantado todavía.